

Reflexiones de Fogón de Pedro Bensadón

Llega la noche y me encuentro con la birome y el papel, dejando que el último atisbo del trashoguero en la chimenea me caliente.

Hoy fue un buen día: logré romper la barrera. No rompí la cuarentena obligatoria, no salí de casa. Pero rompí la barrera. Cualquiera que haya estado frecuentando estos días las reuniones virtuales con un poco de explicación, entenderá de que barrera hablo. Esa pesadumbre invisible que se posa en la llamada, sin importar la aplicación, que se asoma en esos silencios irrompibles. En esas miradas perdidas que oyen pero no escuchan. En esa frase en cuotas cortesía de Fibertel o la compañía de turno. Esa desesperanza generalizada que se asoma como sombras detrás de los ojos cansados de cada integrante. En la falta de humanidad, en lo virtual.

Sin embargo, hoy en la llamada mágica que tuve con Pulga, Galgo y Mateo se fue. Fue la hora más mágica de toda la cuarentena, en la que esta no existía. Estábamos simplemente haciendo un trabajo cada uno en su casa, como hubiera sido en cualquier época. Nos reíamos y disfrutábamos. No existía momento de silencio porque nos interrumpíamos a cada rato, queriendo decir la ocurrencia o el verso que se nos había dado como una epifanía. El gozo en mi corazón salía como una catarata que no podía contener; fue hermoso. No podría decir con seguridad si en algún momento la llamada se trabó o no, pero, ¿qué importa? La carcajada genuina logró romper esa barrera.

Así que, en fin, sí. Hoy fue un buen día.